

EL COLISEO,

REVISTA SEMANAL DE TEATROS, LITERATURA Y MODAS.

TEATROS DE MADRID.

TEATRO DEL PRÍNCIPE.—La traslación de los restos de Moratin, cuya descripción hallarán nuestros lectores en otro lugar, ha proporcionado al señor don Joaquín Arjona uno de esos verdaderos y unánimes triunfos que conquista siempre en *El Sí de las Niñas*. Feliz ocurrencia ha sido la de representar esta joya dramática el día mismo en que las cenizas de su autor iban á descansar por fin en el suelo patrio, y en que todo Madrid se hallaba impresionado con semejante acontecimiento. Pero si esta circunstancia influía poderosamente en el público numeroso y escogido que llenaba el Príncipe para recibir con entusiasmo la obra maestra de Moratin, no afectaba menos á todos los actores encargados de interpretarla, todos los cuales se hallaban igualmente dominados por el suceso del día, y rivalizaban en celo y deseo de acertar. Este deseo halló en su cumplimiento una cabal recompensa.

Con efecto, difícil es conseguir mucho mas en la ejecución de cualquier obra; ahí están las personas entendidas; ahí está el público, todos cuantos asistieron al Príncipe la noche del 12; nosotros no hacemos mas que referir. El señor Arjona (don Joaquín) estuvo mas inspirado que nunca en ese mismo papel que le está aplaudiendo Madrid hace ya años, y en el que, en honor de la verdad, ninguno le disputa sus laureles. Tarea prolija seria que citásemos las bellezas de su ejecución; no es en tal escena, no es en tal momento, es en toda la comedia y hasta en los mas pequeños accidentes. Espresion, verdad, colorido, flexibilidad, todo se admira en esa felicísima creación de don Diego que dejará memoria en los fastos de la escena española. Don Joaquín Arjona, apasionado de las obras de Ibarco Celenio, se ha empapado de tal manera en su espíritu y estilo, y con tanta fe las ha estudiado, que no creemos hayan tenido nunca ni tengan otro intérprete mejor.

Todos, absolutamente todos los que tomaron parte en *El Sí de las Niñas* merecen nuestros elogios, como merecieron los del público. Primeramente la incomparable Teodora que hace de aquella Paquita un ser tan adorable, y que ora espresando la ternura de un vivo amor contrariado, ora el respeto y sumisión á los duros preceptos de una madre, y hasta revelando los vicios de una educación tan justamente anatematizada por Moratin, arrebató siempre el aplauso de los que la escuchan. Despues la señora Rodríguez que en la *Rita* está agradabilísima y hay que aplaudir en ella la graciosa travesura y la malicia bulliciosa que su papel requiere. La señora Campos en el de *doña Irene* está perfectamente: aquella mujer susceptible, quisquillosa, pero buena y amante de su hija, es desempe-

ñada muy bien por la señora Campos, y en la disputa acalorada del tercer acto con don Diego, aunque no á la altura del señor Arjona, no deja nada que desear. Ambos Osorios interpretan admirablemente sus respectivos papeles; el mayor hace un amante decidido y tierno, al par que un sobrino respetuoso y obediente, tal como Moratin lo escribió: el menor en Calamocha escita la hilaridad del público, y deja ver ademas el gusto y comprensión que le distinguen. Finalmente el *Simon*, aquel criado socarron y come *partidas* de don Diego, encuentra en el señor Alisedo un intérprete muy digno, y su ejecución honra mucho á este jóven y aplicado actor.

A todos los que tomaron parte, pues, en *El Sí de las Niñas* damos la mas cumplida enhorabuena; pero muy en particular al señor don Joaquín Arjona á quien en rigor toca el honor de esta funcion. Todos estan muy bien en ella, como hemos dicho, pero ninguno como Arjona, para lo cual, fuera de otras, hay una razon, y es que su papel es el que mas se destaca, y del que mas partido puede sacarse.

Concluida la representacion de esta comedia, se puso en escena *La critica del Sí de las Niñas*, en la cual su autor don Ventura de la Vega habia oportunamente hecho algunas variantes con motivo de la traslación de los restos de Moratin. Sabido es de todos, por lo conocida que es, que esta produccion es una sátira vivísima y delicada, al par que muy chistosa, contra los que en cierto tiempo tomaron por diversion el hablar mal de Moratin, y que en ella se revela el talento que distingue al autor del *Hombre de Mundo*. Por lo mismo no decimos sino que se oyó con el aplauso de siempre, y que al final se cantó el himno acostumbrado á Moratin, himno por cierto poco agradable y nada bien cantado. Se leyeron, y esto terminó la funcion, tres composiciones poéticas; una por el señor Osorio (D. F.) de un jóven mejicano cuyo nombre no se dió; otra del señor Eguilaz, leida por Osorio (D. M.), y otra en octavas, del señor Vega, que leyó el señor Arjona (D. J.) Versos de circunstancias, precipitadamente improvisados, fueron sin embargo recibidos con gusto por el objeto, y el público llamó á los autores, y obligó al señor Vega á leer los suyos, lo cual hizo como no teniamos idea, nosotros que no hemos alcanzado los tiempos en que el señor Vega trabajaba en el Liceo.

TEATRO DE LOPE DE VEGA.—De fuera vendrá quien de casa nos echará, lindísima comedia del autor de *La confusion de un jardín* y de *El lindo don Diego*, ha proporcionado muy buenas entradas y merecidos aplausos á la compañía de este coliseo. Tuvimos el gusto de asistir á la primera representacion, de ser testigos del completo éxito que alcanzó, al cual contribuyeron casi todos los actores que la ha-

cian, pero muy principalmente las señoras Palma y Saupelayo, y los señores Romea (D. J.) y Guzman.

En esta semana se estrenará en este coliseo la ya anunciada comedia que lleva por título *El Oro y el Oropel*, y de ella nos ocuparemos detenidamente.

TEATRO DEL CIRCO.—La noche del jueves último, ante una concurrencia numerosísima, tuvo lugar por fin la primera representación de la *Estrella de Madrid*, zarzuela en tres actos escrita por el señor don Adelardo Ayala, y puesta en música por el señor don Emilio Arrieta.

Nosotros, que conocíamos esta obra de antemano, y que sabíamos de lo que era capaz el autor de *Los dos Guzmanes* en el género de las comedias de capa y espada, no dudábamos un momento de que el público sabría apreciar las muchas bellezas que tiene y la gracia con que está escrita. La *Estrella de Madrid* es una comedia antigua con todas sus excelencias y con todos sus defectos; se le quita la música y puede representarse sin otra alteración que la de resolver las piezas cantables en romance ó redondillas. Tiene un galán, desahogado en cosas de amor, como los de toda su familia; un padre implacable en puntos de honra, una niña, tipo de la mujer honrada y amante de aquellos tiempos, un Felipe IV, galanteador y bondadoso, como este rey suele presentarse por los que mejor le han comprendido, y un Tropezon tan tropezado que todo él es un tropiezo, aunque tan divertido y con tan notable ingenio y fuerza de gracejo delineado, que no abre una vez la boca que no sea para hacer reír á la concurrencia. Como obra dramática, tiene sin embargo el inconveniente de que el tercer acto es muy inferior á los dos primeros, y considerada ya como zarzuela, carece de situaciones musicales de verdadero interés, si se exceptúa la final del segundo acto que es magnífica y alguna otra.

Francamente lo decimos, creemos que se pierde el tiempo destinando para zarzuela una producción de las condiciones de la *Estrella de Madrid*. El público del Circo ha demostrado ya lo que quiere de una manera muy evidente: ni la *Hechicera*, ni la *Espada de Bernardo*, ni la *Estrella de Madrid*, son las producciones que van á buscar al coliseo de la plaza del Rey los admiradores de *Jugar con Fuego*, del *Valle de Andorra* y del *Domino azul*. Aquellas hacían muy buen papel representadas como comedias en el teatro del Príncipe ó en el de Lope de Vega, pero en el Circo están fuera de su lugar, y la prueba es que no dan entradas, circunstancia esta última no completamente desatendible, cuando se trata de escribir una zarzuela. No hay que incomodarse con el público, porque este está en su derecho: va á ver zarzuelas, y las que no reúnen las condiciones de estas, las halla malas y tiene razón.

Volviendo á la *Estrella de Madrid* consignaremos que fue muy aplaudida, habiendo sido llamados sus autores dos veces á la escena, y que durante toda la representación se oyeron con singular complacencia los muchos trozos de bellísima poesía en que aquella obra abunda, dignos algunos de ellos de nuestro inmortal Alarcón; al cual el señor Ayala profesa entrañable afición y con cuyas obras se roza mas que con la de otro ingenio alguno de aquel tiempo, la *Estrella de Madrid*.

En suma, que el señor Ayala ha dado una prueba mas y vigorosa del talento que todos le reconocen, es indudable; pero tambien lo es, á nuestro ju-

cio, que no ha hecho una zarzuela. Como lo primero vale mucho mas que lo segundo, le damos por ello la mas cumplida enhorabuena.

Tomaron parte en la ejecución de la *Estrella de Madrid*, entre otros, la señorita Latorre y la señora Soriano y los señores Font, Caltañazor, Calvet y Fuentes. Todos estos estuvieron generalmente bien en sus respectivos papeles, y Caltañazor, sobre todo, sacó del suyo todo el partido que era de sacar. Por lo demás ¿le vamos á decir nosotros que exagera con frecuencia? Demasiado lo sabe él; pero á un actor á quien aplauden cuando sale, antes de hablar, en quien todo está bien y hace las delicias del público, no puede echársele en cara este defecto: así le quieren y así tiene él que ser, y hace bien.

No nos detenemos en la ejecución mas, por que siendo hasta cierto punto lo principal en esto la parte de canto, le corresponde de derecho al *Duen-de-filarmónico*. Por idéntica razón no hablamos de la música, llevando nuestro respeto á las atribuciones ajenas en este punto, hasta á no decir las impresiones, *profanas* por supuesto, que en nosotros ha dejado aquella.

En el número próximo tendrán nuestros suscritores, como hemos ofrecido, una descripción de los trajes y la *mise en scene* ó cuadro exacto de la escena, de la *Estrella de Madrid*.

TEATRO DE LA CRUZ.—El público se va encargando de acreditar, respecto de este teatro, lo que decíamos en nuestro primer número, y es que obras de ciertas condiciones atraerían á él constantemente un concurso numeroso. El teatro de la Cruz tiene ya cierta tradición en esto: las obras de espectáculo, los melodramas, el género fuerte, en fin, ha llevado á él constantemente el viento de la fortuna. Se anuncian *Las ruinas de Babilonia*, y solo con el título se llena el teatro sin quedar una sola localidad. Verdad es que la producción no correspondió luego á las esperanzas del público, pero este dejó consignado su gusto, el cual vale la pena de explotarse. Las señoras Rizo y Valero y los señores Banovio, Farro y Segarra hicieron cuanto de su parte estuvo y vistieron con propiedad y lujo los respectivos personajes que representaban. Por parte de la empresa se conoce que ha habido interés, y que no se ha perdonado medio alguno, pues tanto en las decoraciones como en el aparato escénico, se ha dejado conocer. La decoración del último acto, sobre todo, en el momento en que la escena se puebla de guerreros, gustó mucho y con razón.

Del Real, del Instituto y del Circo encontrarán nuestros lectores noticias en la *Revista musical* que va á continuación.

EMILIO BRAVO.

REVISTA MUSICAL.

TEATRO REAL.—*I Lombardi*.—Estreno de la señora Bassegio, Malvezzi y Denti. Conocida largo tiempo hace esta partitura de Verdi, pasaremos á ocuparnos, aunque muy ligeramente, del desempeño de las partes indicadas. La señora Bassegio dijo el *avemaria* del primer acto con bastante afinación y colorido, regularmente el andante de su *aria* y muy bien el primer período de la *cabaleta*. En el dueto con el tenor ambos estuvieron felices y arrancaron repetidos aplausos; en cuanto al terceto, en

—lo general salió bien, sobre todo el *In ciel t' attendo* que causó algun entusiasmo, producido en gran parte por el efecto magnífico del *si* natural de la tiple apoyado con el del tenor, frase que conmueve y causa siempre mucho efecto cuando se le sabe dar su verdadero colorido. De la *polaca* no salió muy airosa. Su voz es de tiple, de bastante estension, no de gran volumen pero de buen timbre, y su escuela de canto regular.—El señor Malvezzi dijo su *cavatina* mal. El primer tiempo y *andante* del duo con la tiple salió bastante bien, pero en la *cabaleta*, sin embargo de que es muy corta, le faltó ya alguna fuerza. Desempeñó en el terceto su parte con lucimiento, y le consideramos acreedor á la participacion de los aplausos que obtuvo esta pieza. Su *romanza* la dijo con poco sentimiento, falta de que adolece el señor Malvezzi tenor que habrá sido de fuerza en sus buenos tiempos. Su voz desde el *re* grave hasta la octava es bastante voluminosa é igual; las notas de *mi* y *fa* las tiene poco seguras y casi siempre *calantes*; desde el *fa* al *si* bemol, si bien alguna vez las toma de gola, no son desagradables, pero observamos que le es algo difícil el sostener las frases y que los esfuerzos que hace para obtenerlo afectan su garganta hasta el punto de causar muy mal efecto. Escuela regular.—El señor Denti salió lo mejor que pudo de su parte.—El señor Echevarría, bajo conocido ya del público de Madrid, dijo su *cavatina* regularmente, sin embargo de que es pieza para él muy aguda. Estuvo muy feliz en la romanza y cantó el terceto con mucha propiedad y no contribuyó poco por su parte á asegurar el éxito que obtuvo. Le aconsejamos que se dedique mucho á la emision del *re mi fa* agudos, procurando dar á estas notas mas timbre y volumen, lo que no dudamos conseguiria fácilmente apoyándolas en la cabeza. No le falta disposicion para decir bien, pero no debe descuidar el estudio; su voz es voluminosa y de buen timbre.—En los coros y orquesta hubiese sido de desear mas colorido y exactitud en los tiempos, muchos de los cuales salieron equivocados, y tambien mayor acuerdo entre la banda sul-palco y la orquesta.

Norma.—Estreno de la señora Gazzaniga y la señorita Isturis. Como esta magnífica y sublime partitura de Bellini es igualmente muy conocida nada diremos acerca de sus muchas bellezas. La señora Gazzaniga dijo el recitado de la *cavatina* con bastante dignidad, y regularmente el *andante* y la *cabaleta*, gracias al arte con que supo vencer los defectos orgánicos que le son peculiares, pues su garganta no se presta bastante á la mucha agilidad que requiere esta pieza. En el duo con Adalgisa que precede al terceto estuvo mas que feliz en varias frases del *andante*; el alegre salió bien. En el terceto dijo con mucha valentía *A non tremare ó perfido* y hubiese producido mas efecto si no hubiera tenido que apuntar algunas notas agudas, que supo sin embargo variar con bastante tino y buen gusto; lo restante salió medianamente. En el duo del segundo acto, tambien con Adalgisa, fue muy aplaudida. En el sucesivo con Polion estuvo admirable en todo él; y últimamente espresó con sentimiento y propiedad el *A non voler la victime* del final. Su voz es de *mezzo soprano*, de estension desde el *sol* grave al *de* agudo, es decir, de dos octavas y una cuarta. Las notas desde el *la* grave al *la* agudo, ó sean dos octavas, las tiene voluminosas, simpáticas é iguales. En su modo de decir hay tanta intencion

que no se pierde jamás ni una sola palabra, cualidad inapreciable pero por desgracia muy poco comun entre los cantantes.—La señorita Isturis dijo bastante bien, sin embargo de que le está baja, la *preghiera* que precede al duo con Polion que el señor Malvezzi desempeñó tan solo medianamente. Estuvo tambien muy regular en el terceto y rivalizó dignamente con la señora Gazzaniga en el duo del segundo acto. Felicitamos á la señorita Isturis por su buen acierto en el desempeño de piezas tan difíciles, á lo menos para una debutante, lo que nos hace concebir las mayores esperanzas acerca de su porvenir artistico, pues ademas de sus buenas dotes naturales reconocemos en ella una mas que mediana y bien dirigida escuela. La aconsejamos, sin embargo, que no esfuerce las notas y saque la voz con naturalidad, pues de lo contrario se subirá siempre de tono, como así le ha sucedido en algunas frases en que pretendió darles mas timbre.—El señor Malvezzi estuvo mal de voz, por lo tanto nos abstenemos de juzgarle en esta ópera.—En los coros hubo poquísimo colorido, así es que en el de introduccion cuando se retira, en lugar de cantar á media voz y *diminuendo*, lo hicieron á llena voz, lo que produjo mal efecto. Se notó ademas mucha discorancia en los tiempos. El coro de guerra lo llevaron una tercera parte mas despacio de lo que requiere y la marcha que precede la *cavatina* de Norma una tercera parte mas apresurada. Los acompañamientos casi todos demasiado fuertes y las voces poco secundadas.

TEATRO DEL INSTITUTO.—*Los Mosqueteros de la Reina.*—Nos abstenemos, por ahora, de entrar de lleno en los pormenores de un juicio crítico, que hace tiempo tenemos formado acerca de la zarzuela ú ópera cómica francesa, porque consideramos que en la actualidad son pocos los que pudieran apreciar debidamente nuestras observaciones sin el cotejo con los hechos de que tienen que derivar. Cuando la música francesa sea mas conocida del público, entonces emitiremos sobre el particular nuestra humilde opinion.

Con referencia á la partitura que nos ocupa, hemos creído conveniente no hacer mencion de los tonos en que están las piezas, ni de las modulaciones armónicas, pues como se suceden muy á menudo, temeríamos cansar demasiado la atencion de nuestros lectores; diremos, sin embargo, que casi toda está en tonos difíciles, y que por lo mismo no puede confiarse su ejecucion sino á profesores de primer orden, ó cuando menos de segundo. De lo que si nos ocuparemos algo, es de lo concerniente á los tiempos y á todo lo que nos parezca mas á propósito para dar á nuestros lectores alguna idea de la estructura de las piezas.

Lo mas notable en la obertura son dos motivos bastante bien desarrollados; el primero un solo de trompa, que está en el *andante*, perfectamente instrumentado; el segundo en el *alegro* por los violines tambien de buen efecto, notándose ademas otro motivo pasajero que viene á concluir con una *stretta*. Bien ensayado el conjunto y ejecutado con todos los instrumentos necesarios, es de buen efecto, y si á pesar de todo no produjo ninguno, debe atribuirse á que la cuerda estuvo muy escasa y desafinada, á la falta de instrumentos de metal y á que el cuarteto de los de madera es menos que mediano.

Piezas del primer acto.—Pequeño coro de in-

roduccion alternado con copletas de tenor, andante del mismo contestado por el coro; alegró tres por cuatro; otro andante tambien de tenor de tres tiempos; cabaleta de la que repite el coro el último período, concluyendo con una *stretta*. Esta pieza bien ejecutada no seria de mal efecto. Motivo *moderato* de tiple muy gracioso; andante tambien de tiple seis por ocho, bastante bien instrumentado; cabaleta de la misma *alegro moderato* de buen efecto, seguido de una copleta que contesta los coros y de otra que no repiten. Concertante de primeras partes y coro de hombres sin orquesta, alternado con algunos golpes de ella y el coro de mujeres. Es de buen efecto y sobre todo pieza muy bien trabajada. Duetino de mujeres entrando á su tiempo las primeras partes y concluyendo con un *tutti* de escasisimo mérito. Copletas de tenor coreadas de un género *spezzato*; coro de hombres cuyo canto principal es un tema de la sinfonia dos por cuatro que sigue tambien la orquesta con acompañamiento de clarinete, concluyendo con dicho motivo. La instrumentacion es rica y variada.

Idem del acto segundo.—Coro de hombres; recitado de bajo, un primer tiempo coreado, cabaleta alternada con el coro; cuarteto de tiple y tenores: andante seis por ocho de la primera tiple; un *motivo* de la misma contestado por la otra tiple y el tenor seguido de algunos compases de canto *spezzato* entrando luego los cuatro con el mismo motivo. Es de poco efecto. Pequeño nocturno andante, la orquesta entra con un duo de mujeres que concluye aquel en cuarteto; parlante de los cuatro; cabaleta dos por cuatro *estacata* alternada con un canto de agilidad de las tiple, interrumpido por algunos compases de *spezzature*, y concluyendo con la repetición de dicha cabaleta. Pieza bastante trabajada pero muy monótona. Duo de tenor y tiple; empieza la tiple un andante tres por cuatro que repite el tenor, y entrando otra vez aquella tienen cuatro compases á duo, sigue una especie de recitado con una *volatina* de la tiple que conduce á un duetino bastante original; alegró de tenor que continúa la tiple, seguido de la cabaleta tres por cuatro, lo que despues de una repetición variada concluye con una cadencia á duo. Esta pieza encierra bellos cantos, su instrumentacion es bastante buena. Copletas de bajo coreadas muy monótonas; duetino de tenores que concluye con un cuarteto con las tiple. Esta pieza, sin embargo de estar bien trabajada, es de poco efecto. El final de este acto se reduce á un canto declamado de tenor que concluye con una pequeña *stretta* de poco mérito.

Idem del tercer acto.—Un pequeño canto de tiple que repiten ambos coros; y cabaleta contestado por el de mujeres en tercetos. Es pieza bastante graciosa. Romanza de tenor: descolorida. Duo de tenor y tiple; *alegro moderato* á duo; andante dos por cuatro, tambien á duo, que concluye la tiple sola; recitado declamado de tenor que prepara la cabaleta que él mismo empieza y alterna con la tiple. Para que esta pieza produzca algun efecto, es necesario que haya muy buena ejecucion. Cabaleta de bajo, muy regular; tiempo de marcha por la orquesta con un solo de cornetin y de instrumentacion muy nutrido. El final concluye con un coro general muy pobre y mal ejecutado.

De los cantantes que tomaron parte, tan solo los tiple quedaron medianamente airoso. En los oros y orquesta hubo muy mala ejecucion.

TEATRO DEL CIRCO.—*Primera representacion de la Estrella de Madrid*, de los señores Ayala y Arrieta. Limitándonos por ahora á la ejecucion de las piezas que mejor acogida obtuvieron del público, hablando en términos generales diremos: que el *duo-terceto* de las señores Font, Cubero y Caltañazor es de gran efecto, que está perfectamente instrumentado, trabajado con mucho gusto y maestria y que le consideramos digno de mayores aplausos aun que los que obtuvo; su *motivo* dominante es bello, enérgico y muy propio de la situacion: que el andante del duo de tenor y tiple de la señorita Latorre y señor Font es bellísimo tanto por los cantos que encierra como por la maestria con que está instrumentado (consideramos muy merecidos los aplausos que obtuvo y nos complació sobre manera que se hiciera repetir); que el *agitato* siguiente está igualmente bien instrumentado y perfectamente acabada la cabaleta. Que el duo de la señora Soriano y señor Caltañazor es muy cómico, gracioso y sobre todo perfectamente amoldado al género que mas conviene á dichas partes, que obtuvieron una completa ovacion. Que la instrumentacion del preludio *en modo menor* del final segundo es de un gusto exquisito que produce un efecto magnifico al entrar el coro en acompañamiento, y que este y el andante de primeras partes está bien trabajado y muy nutrido la *stretta*.

Esta pieza obtuvo repetidos aplausos y mereció la honra de haber sido llamados á la escena autores y cantantes. Diremos, en fin, que el coro del tercer acto que acaba con un concertante de la señora Soriano y señores Font, Calvet y Caltañazor, es pieza en la que hay mucha verdad y que surte muy buen efecto.

A la conclusion de la zarzuela fueron tambien llamados á la escena autores y cantantes.

El señor Font estuvo felicisimo en casi todas las piezas; la señorita Latorre desempeñó su papel con mucha propiedad; la señora Soriano interpretó perfectamente el suyo; el señor Calvet muy bien; el señor Cubero (barítono de buena voz) llenó su cometido; y el señor Caltañazor, como siempre, muy bien.

EL DUENDE FILARMÓNICO.

Insertamos con mucho gusto la siguiente poesia con que nos ha favorecido su distinguido autor, y creemos que todos los buenos españoles y todos los amantes de las letras, estarán conformes con el sentimiento que la ha inspirado.

MORATIN Á SU PATRIA.

ROMANCE.

Ocho lustros há y un año
Que fugitivo parti
Con las tropas de la Francia
Que dejaban á Madrid.
Desde aquel dia llorieron
Desventuras sobre mí:
Castigo del que abandona
La causa de su país!
Piadosa mi patria y noble,
Olvidando mi deslíz,
Al que huyó cual delincuente
Hace hoy en triunfo venir.
Admite pues, madre España,
Mil veces admite y mil
La gratitud del que habita
Donde no es dado mentir.

Arranca de mis escritos
 Aquella hoja infeliz
 Donde sin razon te impuse
 De ingrata el apodo vil (1).
 Conmigo nunca lo fuiste;
 Yo ingrato contigo sí:
 Desde el seno de la tumba
 Debo confesarlo al fin.
 Tú con aplausos y honores
 Me llamabas hácia ti;
 Yo, volviéndote la espalda,
 Peregrinaba á París.
 Con ceniza de mis huesos,
 Que has traído desde allí,
 Cubre esa página triste
 Que nunca debió existir.
 Descansarán mis despojos
 Mas pacíficos así:
 Hoy han sentido de suerte,
 Que no quieren ya sentir.
 De gozo se deshicieron
 Cuando al entrar en Madrid,
 Las calles vi que pisé;
 La casa donde viví.
 Dulce es tornar á la patria,
 Desventurado ó feliz.
 Dulce es, aun volviendo polvo,
 Como vuelve Moratin.

JUAN E. HARTZENBUSCH.

UNA GLORIA DEL TEATRO.

Todo Madrid era preparativos para la noche de San Juan del año 1631. Debía celebrarse una suntuosa fiesta en el jardín del conde de Monterey, hermano de la esposa del Conde-duque, á la cual asistirían como convidados los reyes, los infantes y la corte, y no habia en toda ella casa ni habitacion alguna donde no se representasen anticipados el bullicio y desasosiego de la fiesta, por mas que en aquellos tiempos se repitiesen á menudo semejantes ocasiones de regocijo. Desde el amanecer recorrian las calles multitud de gentes, y con especialidad de menstruales, cargados de vestidos y galas, que cada cual iba dejando en casa de sus parroquianos; y como en dia tan solemne y á tales horas no habia mas que dos obligaciones precisas, á saber, la compra de mantenimientos y el cuidado de la misa, los lugares á la sazón mas concurridos eran las plazas y las iglesias.

Las ocho de la mañana serian escasamente cuando espoleando una mula de camino, con un criado que le seguia en otra, lleno de polvo, y al parecer con mas priesa de la que el cansancio consentia á los pobres animales, entraba por la puerta de Valencia un caballero jóven, como hasta de 24 años. Era de buen cuerpo, gentil presencia, y á pesar de lo poco airoso de su cabalgadura, mostraba cierta gravedad señorial, á vueltas del desenfado y resolucion que en su mirada y semblante se traslucía. Contemplaba con señales de novedad ó de admiracion algunas casas que encontraba al paso, como quien veia la corte por primera vez, ó la desconocía despues de una larga ausencia. Prosiguiendo así su camino, llegó á la calle del Olivar, y enderezando

por ella, logró vencer el repecho, no muy disimulado en verdad, que parecia hacer inaccesible á Madrid por aquella parte.

—¿Qué calle tomamos ahora, Diego? le preguntó al criado cuando se vió cercano á la de la Magdalena.

—Vuesarced guie por donde guste, le replicó el mozo: tanto da torcer hácia Anton Martin como bajar por la de las Huertas.

Entróse el jóven sin hablar mas palabra por la de Cañizares, y no habia andado su mula cuarenta pasos, cuando antes de llegar á un oratorio que se veia á la izquierda, abrieron la puerta de una casa arrimada á él, y salió, santiguándose por mas señas, una mujer de mediana estatura, vestida de negro, y enteramente cubierta con el manto. Miróla con indiferencia nuestro forastero, y como ningún otro objeto podia llamar entonces su atencion, la siguió con los ojos un corto trecho. Mas, fuese antojo de su imaginacion, eficacia del deseo con que á Madrid venia, ó verdadera fascinacion que, aun encubierta, debía inspirar aquella mujer en los sentidos de cuantos la miraban, el caso fue que á nuestro forastero dióle de pronto un vuelco el corazon, y contemplando mas detenidamente á la desconocida, se admiró de la graciosa, y al mismo tiempo modesta apostura con que caminaba. Figúresele que quien tan bien parecia arrebuja en anchos paños de anascote, no podia menos de ser cebó muy apetitoso á la curiosidad que ya sentia. Del desenfado de que hacia gala una mujer de tan buenas apariencias, no formaba á la verdad concepto muy favorable: doncella no habia de ser la que á tanto se atrevia; de estado, tampoco la reputaba, pues ¿quién podia mostrarse tan descuidado de aquel tesoro que no confiase á dueña, rodrigon ó escudero su custodia? Por fin se inclinó á suponerla viuda, pero lozana y fresca; que de ellas tenia entendido haber en la corte muchas, y muy satisfechas de serlo, porque con la autoridad de las tocas negociaban mejor el remedio de su desamparo.

A este punto llegaba en sus conjeturas, mientras la dama, ganando aceleradamente la lonja de San Sebastian, donde empezaron á tocar á misa, entró en la iglesia y dejó burlado al entretenido mozo; pero él, que siempre tenia por venturoso todo encuentro inesperado, no reflexionó mas, sino que arrojándose de la mula y dando el diestro al que le servia, con orden de que le esperase en la puerta del lado opuesto, siguió á la desconocida, acechando todos sus pasos y movimientos.

No habia ella, ni aun por descuido, reparado en el caballero, y, mucho menos, presumido que á tales horas la hostigase nadie; por lo que se dirigió desde luego á la capilla de Nuestra Señora de la Novena, y arrodillándose devotamente, se puso á orar con la mayor compostura y recogimiento. De allí á poco, sin duda para contemplar mejor la imagen en quien tenia clavados los ojos, alzóse el velo; y no bien se apercibió de ello, el imprudente jóven, dió algunos pasos, y poniéndose junto á ella, pudo convencerse de cuánto superaba la realidad á la ilusion que se habia forjado. Vió un rostro hermosísimo sobre todo encarecimiento, y mas hermoso en aquel instante por la indefinible expresion de gozo y ternura que le animaba. Sintióse al pronto poseído de algun respeto, y conociendo que su atrevida impaciencia debía de ofender á la modesta jóven y aun perturbarla en su buen propósito, se apartó á

(1) Se alude al soneto de Moratin que concluye con el terceto siguiente:

Peró si así las leyes atropellas,
 Si para tí los méritos han sido
 Culpas, adios, ingrata patria mia.

un lado, cada vez mas absorto de su belleza, y felicitándose interiormente del digno empeño que su buena suerte le deparaba.

Sorprendida nuestra devota por un extraño, cuando ella se creia mas retraida de todo el mundo, y advirtiéndola la avidez con que el forastero la habia observado, echóse otra vez el velo, y se preparó á oír devotamente la misa que iba ya á principiar en el mismo altar que tenia delante. Permaneció toda ella de rodillas, con tan edificantes muestras de compuncion, que mas de una vez regó el suelo con copiosas lágrimas: lágrimas que hubieran ablandado y convertido cualquier otro corazon menos apasionado y mundano que el de aquel hombre.

Luego que terminó la misa, continuó largo tiempo orando en el mismo sitio; y al ir á retirarse, como se acercara á la pila del agua bendita, vió al caballero de antes que se la ofrecia tendiéndola su mano; mas ella fingió de nuevo no reparar en él, y tomó el agua por sí misma, prefiriendo parecer descortés á mostrarse favorecida y condescendiente. El por su parte creyó ya aquel desden estudiado en demasía, y así se dispuso á dirigirle algunas palabras apenas la vió de nuevo en el átrio que salia á la calle.

—Señora, le dijo, ¿cómo joya de tanta estima?...

—Caballero, le replicó ella interrumpiéndole, proseguí vuestro camino.

—Desde hoy he de ser, señora, satélite del astro mas brillante que han visto jamás mis ojos.

No respondió la dama otra palabra á este galanteo ni á otros muchos con que él continuaba importunándola. Apresuró ella el paso, llegó á su casa, tocó la aldaba de la puerta, abrióse esta y cerrándose apenas entró la que penetraba por ella con seguridad de dueño, quedó nuestro caballero en la misma duda y con menos satisfaccion de sí propio que antes de aquel encuentro.

Resuelto, sin embargo, á cumplir la palabra que habia empenado, y doblemente escitada su curiosidad hasta aclarar aquel misterio, dirigióse en busca del criado, montó de nuevo en la mula, y sin poder borrar de su fantasía la imagen de una beldad tan peregrina como recatada y desdeñosa, tomó el Prado adelante, y tardó poco en llegar á la casa de su tío el conde de Monterey, de quien era ademas ahijado.

(Se continuará.)

CAYETANO ROSSELL.

LA DIPLOMACIA.

(Fragmento del poema inédito *La Desvergüenza* (1).)

(Conclusion.)

Maldita la aprension, y mucha audacia,
Y tendrás para todo ciencia infusa.
Aunque ignores qué es bósforo de Tracia
Y dónde está Aquisgran, dónde Ragusa,
Para iniciarte en la alta diplomacia
Te soplará de sopetón la musa
Sin que versado estés ni páras mientes.
En el derecho patrio y el de gentes.
¿Quién ya para servir una embajada
Al Oriente, al Ocaso, al Sur y al Norte

(1) Por una equivocacion se imprimió en el número anterior poema épico por poema inédito como se lee ahora.

No es apto en esta patria afortunada
Si priva, ora en el club, ora en la corte?
¿Quién niega ya á un pariente, á un camarada
Correo, credencial y pasaporte?

¿Quién un sueldo no acepta en sus apuros
De ocho, diez, quince mil, veinte mil duros?

Si á Galia en nuestras luchas emigró
¿Quién no sabe un poquito de francés?

Y que abraza la hegira entiendo yo

De cada cinco prójimos á tres;

Y puesto que la lengua de Boileau

La usual entre los áulicos ya es,

Taboada te escusa un trujaman,

Ora griego, ora ruso, ora aleman.

Y con la guía suplirás el mapa

Para saber qué Estados cuenta Europa,

Y cuántos años há que el Papa es Papa,

Y nombrarás á la infinita tropa

De principes que mandan una etapa,

(Que apenas pan les da para la sopa

Por mucho que se estire el suministro),

Cabe el Rhin, cabe el Elba, cabe el Istro.

Si agregas cuatro frases de rutina

(Y eso en cualquier periódico se aprende)

Que á la cancilleresa la latina

Lengua ha prestado aqueude como allende,

Ni práctica te falta ni doctrina

Que á ti y á tu nacion os recomiende.

¡No es nada! *Statu quo*, *Desideratum*,

Casus belli, *Post scriptum*, *Ultimatum*!

Lo que no entiendas tu del espediente

Lo entenderá tal vez el secretario;

Y si no el secretario, el escribiente;

Que hoy dia rara vez es corolario

Del alto cargo el mérito eminente,

Y ya buscar aquí no es lo ordinario

Para el empleo al hombre de buen nombre,

Sino buscar empleo para el hombre.

Como hábil escultor, de áspero leño,

Que banco pudo ser ó rinconera,

O á carbon reducirlo un alcarreño;

Así de San Gerónimo la austera

Elige forma cual de amor risueño

La hermosa madre lúbrica esculpiera,

Aquí ya basta un *fiat* del que mande

Para hacer de un zoquete un hombre grande.

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

EPISODIO DE LA ULTIMA GUERRA CIVIL.

(Continuacion.)

Algunas ráfagas de luz que salian de la retaguardia demostraban el punto que ocupaba la numerosa y bien servida artillería británica. Los barcos de vapor que se hallaban anclados en la concha de San Sebastian arrojaban bocanadas de humo negro, disponiéndose sin duda á levar anclas y prestar su poderoso apoyo á nuestros enemigos, situándose en la bahía de Pasajes, y disparando sus enormes cañones de 80, diezmar nuestras filas con sus fuegos de flanco.

Al observar los grandes medios de destruccion de que disponia el enemigo, no pude menos de estremecerme, y maquinalmente miré á los soldados de mi compañía.

Erguida la altiva cabeza, sereno el semblante; mis robustos, ágiles y valientes voluntarios fumaban tranquilamente sus pipas, y contestaban á mi escrutadora mirada con una sonrisa que me hizo adivinar el marcado desden y completa indiferencia con que veian todos aquellos preparativos de muerte.

Tranquilizado con este exámen, obedecí gustoso la órden que se me dió de avanzar y ocupar lo mas hondo de un barranco que se extendia á nuestros pies.

Al mismo tiempo las masas enemigas se conmovieron poniéndose en marcha hácia nosotros.

Ningun ruido interrumpia aquel solemne silencio que muy pronto habia de convertirse en una batalla infernal con el estrépito de los cañones y los gritos de los combatientes.

Apenas nos hubimos situado en nuestra posición, cuando el ejército enemigo asomando en buen órden por una pequeña altura situada por decirlo así, sobre nuestras cabezas, formó su línea de batalla é hizo alto.

Una corneta esparció de súbito sus penetrantes sonidos por aquel silencioso campo, y en el mismo instante, como si la tierra que pisábamos se hubiese convertido en un volcan, se oyó el horrisono estampido del fuego de fusilería sostenido con vigor por ambas partes.

Como llevo dicho hallábase mi compañía en el fondo de un barranco, rodeada la posición de espesísimos y altos argomales y ocupando el centro de la línea enemiga que formaba un estendido semicírculo. Nuestro fuego de abajo arriba causaba un gran daño al enemigo situado á cien pasos: el suyo nos hacia experimentar pérdidas de consideracion, aunque la principal atención de los contrarios estaba fija en mi batallón escalonado mas arriba y otros dos que formaban la reserva. Los destacamentos de tres batallones mas, única fuerza de que podíamos disponer, corrían en nuestra ayuda de todos los puntos de la línea que ocupaba una estension de dos leguas.

A los primeros tiros sentí un grito á mis espaldas: el jóven oficial de los lúgubres augurios caía muerto atravesado el corazón de un balazo.

Las balas enemigas cruzándose con las de nuestra reserva, formaban un dosel de plomo sobre nuestras cabezas: sus siniestros silvidos nos ensordecian.

El fuego de mi compañía hubo de causar muchas bajas al ejército enemigo, puesto que abandonando á la reserva dirigió concéntricamente todos sus ti-

ros al barranco, y muy luego se preparó á arrojarlos de aquel punto.

Cuantas veces lo intentó, fue rechazado con perdida.

Una multitud de muertos cubria el campo, y muchísimos heridos se retiraban de una y otra parte á sus respectivos hospitales de sangre lanzando lastimeros ayes.

Pero los que pertenecian á mi compañía no podian abandonar el barranco, porque apenas caminaban veinte pasos fuera de la espesura, morian fusilados por el enemigo que dominaba completamente nuestra posición.

En tan terrible trance, rodeado de cadáveres, perdidos mis oficiales subalternos, y mas de una tercera parte de mi gente, ví que el enemigo, convencido de que por los medios hasta allí usados no podia conseguir arrojarnos de aquella hondura, se disponia á echar mano de otros mas eficaces y terribles. Aparecieron sobre nuestro flanco izquierdo la artillería inglesa y dos baterías de cohetes á la *congreve*; y comenzaron á jugar los obuses y cohetes que muy pronto surtieron su efecto destructor.

(Se concluirá.)

JOSE MARIA GOIZUBTA.

CRONICA DE PROVINCIAS.

Tenemos noticias de los trabajos de algunas compañías de provincias:

En Sevilla parece que hay este año bastante animacion teatral, y alguna competencia entre los coliseos de San Fernando y Principal.

En el primero se ha formado una compañía numerosa, en que figuran algunos actores distinguidos y otros muy apreciables. Desde luego es una garantía el nombre de su director, don José Valero, cuyo génio ha aplaudido la corte diferentes veces, y que tantos apasionados cuenta en toda España. Este distinguido actor, ha formado una compañía mista de declamacion y canto, y ha contratado personas muy conocidas, algunas de ellas, en el círculo artístico. La señora Scapa, actriz simpática y estudiosa; el señor Capo, muy apreciado del público de Sevilla, el señor Ayta y otros que no recordamos ahora, forman parte del cuadro de verso, componiendo entre otros el de música, la graciosa y aplaudida cantante, señorita Moscoso, y el tenor Gonzalez, que ha pertenecido al Circo los dos años anteriores.

Recientemente se ha puesto en escena el *Jugar con Fuego* y ha tenido bastante éxito. Despues del segundo acto llamaron á los actores, y han hecho repetir á la señorita Moscoso la romanza, y el coro de *los locos*.

En el teatro Principal ha empezado tambien á funcionar una compañía de ópera italiana, y aquí está la competencia á que nos referiamos en el comienzo de estas líneas; pues segun parece, andan las opiniones muy divididas entre la zarzuela y la ópera ó lo que es lo mismo, entre la música española y la italiana. Esperamos pormenores de esta compañía, cuyas funciones sabemos han dado principio ya con la *Sondambula*.

Otro de los cuadros de compañía de provincias que han sido mejor recibidos es el de Santander, bajo la direccion del antiguo y conocido actor don

Pedro Montañó. Figuran en él el señor Lozano, y otros actores de mérito, que han sido acogidos en Santander tan bien, que se lamenta allí el que la compañía tenga que marchar á Bilbao á llenar sus compromisos.

Ya iremos dando publicidad á los trabajos de los actores que se hallen en provincias y se distinguen; y si el pensamiento de nuestro prospecto no se ha desarrollado ya completamente, es solo porque hemos contado con poco tiempo, y empresas de esta clase no se perfeccionan en un día.

CRONICA DE LA CAPITAL.

MORATIN Y DONOSO CORTÉS.—El miércoles 12 tuvo lugar en esta corte la traslación desde el cementerio de Fuencarral á la iglesia de San Isidro de los restos mortales del autor del *Café* y del *Si de las niñas*, y del insigne y malogrado filósofo cristiano, D. Juan Donoso Cortés, marqués de Valdegamas.

Un acontecimiento tan importante como raro atrajo una numerosa concurrencia á las calles por donde pasó el cortejo fúnebre. Después del piquete de caballería de la guardia civil y los pobres recogidos en la casas de beneficencia, seguían los carruajes que conducían las urnas cinerarias. Sobre el primer carro fúnebre iba un pequeño féretro forrado de terciopelo negro con galon y herraje dorado que contenía las cenizas de Moratin, del cual solo el cráneo se conserva entero. Iban á los costados del carruaje, llevando las cintas del féretro, el señor Martínez de la Rosa, presidente de la Academia Española; el señor Breton de los Herreros, á quien tuvimos mucho gusto en ver allí; y los señores barón de la Joyosa y general Zarco del Valle. En el otro carro fúnebre iba otro féretro de apariencias idénticas al anterior, aunque de mayores dimensiones, con los restos de Donoso Cortés. El manto de la orden de Carlos III, las demás insignias de las órdenes con que estaba condecorado el difunto, un ejemplar de su *Ensayo sobre el catolicismo*, una pluma y un laurel, se veían colocados encima del féretro. Las cintas de este las llevaban, el señor Lara, capitán general de Castilla la Nueva; el señor Benavides, gobernador de la provincia; el señor Quesada, gobernador militar de la plaza; y el señor Piernas, alcalde-corregidor de Madrid.

Después de muchas personas que sería difícil enumerar, y de todas las corporaciones convenientemente representadas, seguían el Consejo de

ministros de grande uniforme, presidiendo el duelo, en union de los señores Egana, Pastor y Govantes, y de los señores don Francisco y don Eusebio Donoso Cortés, hermanos del marqués de Valdegamas. Por último, cerraban el cortejo tres carruajes de la Casa real, con caballos ricamente enjaezados, y otros muchos de las personas del acompañamiento. El señor Patriarca de las Indias celebró con arreglo al programa oficial, la misa de *requiem*, en medio del mas riguroso silencio y de la mas profunda conmoción, después de lo cual se retiraron todos los asistentes, despedidos por el señor presidente del Consejo de Ministros.

ZARZUELAS.—Muchas son las que cuenta el teatro del Circo, y nosotros podemos dar razon de las siguientes: *La Cisterna encantada*, de los señores Vega y Gaztambide, que parece será la primera nueva que se represente; una de los señores Olona y Barbieri, que irá después, *La Encantadora*, de los señores Montes y Rovira; *La Cacería real*, de los señores Garcia Gutierrez y Arrieta, y una de los señores Breton y Hernando, cuyo título ignoramos. Además parece que hay otras presentadas.

LAS PROHIBICIONES.—Así se llama una comedia nueva del señor Eguilaz, que se estrenará en el Príncipe en esta semana. También se ha repartido por papeles, y parece que irá inmediatamente después otra en dos actos del señor Cisneros, titulada *Esperanza*.

NI LO UNO NI LO OTRO.—El día de la traslación de los restos de Moratin era curioso oír á algunas gentes. Unas mujeres que no comprendían de todo aquello sino que era un entierro de *mucho lujo*, estaban diciendo en la calle de la Montera: Bah! será algun tonto rico; por eso viene aquí tanta gente: si una se muriera, maldito si lo sabría nadie. Otra á quien le decían que eran los restos de dos personajes fallecidos en Francia, exclamaba toda suspensa: «Pero señor, cómo fué que esos murieron en Francia».

Por lo demás, y aunque esto sea vulgarísimo por lo mucho que ha sucedido y se ha contado, por la noche pidieron en el Príncipe al autor, concluida la representación del *Si de las Niñas*.

RASGO DIGNO DE ELOGIO.—La otra noche ocurrió en el Príncipe lo siguiente. Entró un caballero con dos niños en el patio, y entregó los billetes de sus butacas al acomodador, el cual reparando en lo que le daba, le dijo: «Caballero, me da V. aquí dos billetes de 500 reales envueltos entre los de los asientos,» á lo cual el caballero contestó dándole las gracias y recogiendo gozoso los billetes.

Este periódico se publica cuatro veces al mes, en los días 1, 8, 16 y 24, en un pliego en folio á ocho páginas, con buenos tipos y elegante impresion, habiéndose combinado el que esta sea clara y el que contenga al mismo tiempo mucha lectura.

El precio en Madrid, llevado á casa de los señores suscritores, es el de 4 rs. al mes. Igual precio costará á los suscritores de provincias.

La suscripcion se halla abierta en Madrid, en las librerías de CUESTA, calle Mayor; MONIER, calle de la Victoria, esquina á la carrera de San Gerónimo; de BAILLY-BAILLIERE, calle del Príncipe, y en la imprenta de MINUESA, calle de la Cabeza, núm. 40.

La suscripcion de provincias se hará enviando al administrador D. Manuel Maria Bravo, calle de Jesus del Valle, núm. 3. cuarto segundo, una carta franca de porte, con seis sellos de franqueo de á seis cuartos, valor de la suscripcion por un mes; es el sistema que hemos adoptado por ser el mas cómodo y sencillo para el suscriptor. No es obligatoria la suscripcion por mas tiempo de un mes, aunque se admite al que quiera hacerlo por dos ó un trimestre.

La correspondencia se dirigirá, franca de porte, á la redaccion, calle de Jesus del Valle, núm. 3, cuarto segundo.

MADRID: 1853.—Imprenta de MANUEL MINUESA, calle de la Cabeza, núm. 40.